

pueblos, y por conseguirlo peregrinaron y por el bien de sus hermanos nada omitieron, se espusieron al frío, al calor, á los peligros, á la muerte, y escribieron lo que vieron, y nos abrieron un camino desconocido y nos impulsaron á él; y por último, merced á ellos, el nuevo continente tiene relaciones con el viejo, es ya un pueblo culto, habla nuestra lengua, tiene nuestros usos y nuestra religion.

Aclarado este punto seguiremos nuestro relato, y él nos demostrará con cuánta rapidez se extendieron por todas partes y poblaron la Europa. Registrando las historias y las obras de los Padres, hallamos que S. Agustin encontró conventos en Milan ¹, que S. Martin de Tours habitó uno de esta ciudad ², de donde tomó modelo para fundar en su regreso á Francia el de Ligugé, cerca de Poitiers; luego el convento de Marmoutier, allí disciplinó á los numerosos ermitaños diseminados en las grutas y entre las ruinas de los templos, á lo largo del Viena y del Loira: mil de ellos asistieron á sus funerales. En cuatrocientos nueve Casiano, que habia sido testigo de las austeridades de los monjes de Oriente, se retiró á Provenza despues de la muerte del Crisóstomo, y fundó dos monasterios en Marsella, donde se dice

1 Confesiones, IV. 6.

2 Sulp. Severo. Vita S. Martini IV.

que tenia bajo su direccion hasta cinco mil entre hombres y mujeres, y que á instancia de Castor, obispo de Apt, escribió las vidas de todos ellos; pero el más famoso monasterio, el más célebre de todas las Galias fué el de Lerins, fundado por S. Honorato, por los años 421, del cual dice Mr. Guizot ¹: "Los monasterios de Lerins y S. Víctor, refugio entonces de la osadía del pensamiento;" y efectivamente era así, puesto que allí iban á porfia las iglesias á buscar sus pastores, y entre los innumerables que los ilustraron, bastarian á su inmortalidad los nombres de Salviano y S. Patricio.

Llegó el siglo V, y en él empezaron los monjes á tomar parte en las funciones sacerdotales, sin cambiar por eso de estado; y si bien esta innovacion halló alguna oposicion en el concilio calcedonense ², y Leon el Grande la reprobó ³: es muy cierto que conociendo los obispos de cuánta utilidad podria serles en lo sucesivo esta milicia fervorosa, instaron y consiguieron su incorporacion en el sacerdocio, y se la abrió el santuario, y atribuyendo despues el concilio de Nicea á los abades el derecho de conferir órdenes, cesaron las diferencias. Al mismo tiempo que los monjes iban

1 Guizot. Historia de la Civilizacion. Leccion V.

2 Cánon III. 4.

3 Epístola CIX. I. 6.

así acercándose al clero y engrosando sus filas, los eclesiásticos de muchas iglesias episcopales se congregaron á imitación suya, y deseosos de vida mas perfecta se establecieron bajo una regla uniforme, tomando el nombre de canónigos. Bajo esta forma de vida fueron introducidos en Verceli por S. Eusebio y S. Agustin; y posteriormente Crodegang, obispo de Metz, estableció para su existencia en comunidad reglas que fueron aceptadas por la mayor parte de los capítulos, y de este modo fué estendiéndose el gusto por la vida monástica entre las almas virtuosas.

Hemos hablado del establecimiento y progresos de los monasterios de hombres, y no queremos ser injustos con las esposas de Jesucristo, que siquiera una vez hemos de ser galantes con nuestra capilla; todo lo cual debe agrandar mucho á nuestros adversarios. En los primeros tiempos del cristianismo hubo mujeres piadosas que seguian á los apóstoles y se empleaban en ocupaciones religiosas que se llamaron diaconisas, porque eran mujeres de diáconos, ó ya de edad madura, y se empleaban en velar en las basílicas á la entrada reservada á las personas de su sexo, en despojar de sus vestiduras á las que debian recibir el bautismo, en asistir á las que estaban enfermas, en dar sepultura á las muertas y en secar á las que habian recibido el óleo sagrado¹; pero

1 S. Ignacio, Ep. 12.

estas no pertenecian á la gerarquía eclesiástica porque no habian recibido la imposicion de las manos¹; sin embargo, ya en el siglo IV hallamos muchos conventos que nos dicen que vivian muchas vírgenes en comunidad, no reproduciéndolos aquí porque dejamos ya anotados los cánones de los concilios de Elvira y Zaragoza, y la decretal del papa Siricio, que las nombra, así como á los monjes, y á los cuales podriamos añadir otros concilios españoles; entonces vivian estas vírgenes en comunidad en casas particulares, uso introducido de Oriente, si bien entre nosotros tenemos motivos gravísimos para creer que siempre vivieron en monasterios, puesto que en los cánones se habla de monasterios y no de casas, por lo cual tambien negamos á los franceses la gloria de haber sido los primeros que tuvieron religiosas en monasterios, que la primera comunidad de mujeres en Occidente fuese establecida en S. Ciro por S. Honorato, junto á Marsella, así como que Leon el Grande fuera el primero que prohibió darlas el velo antes de la edad de cuarenta años, por mas que lo afirmen los Bolandos², autores para mí de mucho respeto, pero que no venero tanto como los cánones de los concilios que dejo citados que me demuestran que uno y otro es español.

1 Concilio de Nicea, cánon 9.

2 Bollandus en el 12 de Enero.

Así establecidos los monasterios y demostrada la probabilidad de que nuestra España fuera la primera en poseerlos, vamos á hablar de su régimen. Al principio se reunian bajo reglas especiales; y así unos seguian la de S. Antonio Abad, otros la de Pacomio, quién abrazaba la de Hilarion, quién la de Casiano; pero llegó un día en que S. Benito estableció la suya y todos la adoptaron; sin embargo, estas comunidades no fueron por entonces mas que asociaciones de legos, que no ejercian las funciones, ni los deberes del clero, ni pertenecian á su gerarquía, ni disfrutaban sus derechos sino cuando espresa y anteriormente pertenecian á esta clase algunos de sus individuos, y ya dejamos anotado el tiempo en que ingresaron en las filas del clero, la oposicion que sufrieron, y cuándo y cómo formaron parte de su gerarquía, por cuya razon nos abstenemos de reproducirlo remitiéndonos á lo ya referido.

Siguiendo, sin embargo, el curso de nuestro escrito, no podemos menos de decir, que al importarse de Oriente este género de vida, se introdujeron con los monjes y anacoretas sus rigores, sus asombrosas penitencias, su admirable severidad; así fué que aquí, como allí, hubo pasmos de mortificacion; y si cuenta Oriente su Estilita Simeon, tambien tiene el suyo Occidente; si allí hubo un Pacomio, aquí hubo un Senoquio; si tuvo allí sus rigores Antonio, aquí brillaron los Patroclus y los

Calapos; y si las cercanías de Constantinopla se glorían de un Daniel, las de la Auvernia tienen un Wlfiliaco. Sin embargo, es menester no perder de vista que los monjes y anacoretas occidentales fueron más comunicativos, más sociales que los de Oriente, se maceraron menos, que discutieron y trabajaron mas, que oraron, y en una palabra, contribuyeron más que aquellos á la civilizacion del mundo con sus talentos, estudios, discusiones y actividad, y por esto aquí se instituyó una regla en armonía con este carácter dominante que absorbió las demas, que tuvo en lo sucesivo el imperio entre todas, convirtiendo hácia un mismo término los antes dispersos arranques de la devocion y las vocaciones de la austeridad, reuniendo á la oracion el trabajo, la laboriosidad de Marta y la contemplacion de María.

En el siglo VI vió la luz pública esta regla; fué su autor S. Benito, natural de Norcia, en el ducado de Espoleto, vástago de una rica familia italiana, y á la edad de doce años empezó sus estudios en Roma, y allí en aquel emporio del pasado tuvo ocasion de oir á los admiradores de aquella grandeza, echar de menos la antigua dominacion romana, su esplendor, su brillo, los hombres que la elevaron y la enaltecieron, los que la llevaron al apogeo de su grandeza cuando bajo el pórtico de su temido senado tronaba la voz de Ciceron, y cuando el capitolio se estremecia oprimido con

las cadenas de cien reyes vencidos, y el mundo domado por el esfuerzo de aquellas legiones temidas, de aquellos cónsules rígidos, de sus orgullosos dictadores; allí también veía el llanto que inundaba las mejillas de los amigos de estas glorias, al contemplar el desprecio en que había caído la señora del mundo, la abyección en que estaba sumida la reina del orbe, y el envilecimiento que manchaba su púrpura de soberana. Esta perspectiva hirió profundamente su alma, y allí concibió disgusto hacia un mundo que nada ofrece estable, hacia un siglo que no puede darnos la verdadera felicidad, hacia un orden de cosas tan íntimamente trastornado, y asustado de tan triste perspectiva, abandona la ciudad y huye con su nodriza Civila al fondo de una caberna de Subiaco para sustraerse á tan crueles enemigos; allí contemplando la eternidad se entregó á la oración y á encaminar las almas á la vida eterna; allí atraídos de admiración acudían los hombres que deseaban el bien, los corazones que aun no había prostituido el vicio, ó que estaban ya desengañados de su miseria y arrepentidos de sus extravíos, y muy luego aquella soledad fué el puerto de cuantos sufrían, ó de los que buscaban un asilo á su inocencia; muy luego se alzó allí un magnífico edificio que brindaba asilo á todos, y donde atraídos por el bien acudían á la oración los hombres, agrupándose en su torno multitud de creyentes.

Detenido fué en aquel sitio por milagros, ignorando hasta el trascurso de los días; sin embargo, su memoria la representaba como á S. Gerónimo en los desiertos de la Palestina, la imagen de alguna belleza que sus primeros años habían admirado, y con dificultad las ortigas y espinas domaban la rebeldía de su carne.

No es de nuestro propósito bosquejar la vida del hombre que admiramos, ni relatar los prodigios que señalaron cada uno de sus pasos, ni menos engalanar con flores las espinas de mortificación del joven ermitaño; pero estamos en el deber de decir que su fama se esparció primero entre los pastores vecinos, que de aquí pasó á los pueblos inmediatos, y que esparciéndose poco á poco entre otros más distantes, su nombre voló en alas de la fama por largas distancias con beneficio de las almas; guiados por él los monjes de Vicovaro le quisieron elegir superior, pero los resistió por los abusos que allí reinaban; y si bien á fuerza de instancias se lo hacen aceptar, y emprende la reforma, muy luego lo abandona para volver á su querida soledad de Subiaco. Ya entonces aquello no fué más soledad: legos y sacerdotes, campesinos y ciudadanos, sabios é ignorantes acuden de todas partes para oírle, consultarle y darle testimonio del respeto debido al santo. Equicio y Tertuliano, nobles romanos, le envían sus hijos Mauro y Plácido, y estos fueron sus primeros dis-

cíbulos y las primicias de aquella familia que en bien de la humanidad y de la civilizacion muy en breve iba á poblar el mundo. De tan pequeña raiz salió ese árbol tan frondoso que tan opimos frutos ha dado á las ciencias, á las artes, á la agricultura, al comercio y á la industria, como veremos y tendremos lugar de admirar en el curso de nuestra obra para confusion de los que desprecian los institutos monacales é insultan y maldicen los monjes.

Siguiendo los pasos del ilustre fundador de tan esclarecida órden, no podremos menos de reconocer el dedo de Dios en la rapidez con que su instituto se propagó; mas volviendo á Subiano hallaremos, que en muy corto tiempo funda en sus cercanías hasta doce monasterios, que poblaban ciento cuarenta y cuatro monjes, á razon de doce de cada uno, y este fué el terreno elegido para plantear su pensamiento culminante; allí ponía en práctica las reglas que meditaban, pero tambien allí le sigue el infierno, y le mortifica la envidia, y por eso se retira con sus queridos hijos Mauro y Plácido al sitio donde el monte Casino eleva su cumbre gigantesca para cobijar y dar lozanía á las riberas del Melfa, ofreciendo su perspectiva en una situacion de las mas deliciosas, el bello panorama de los risueños valles en que serpentean los límpidos arroyuelos que bajan jugueteando desde las nevadas cumbres de los Apeninos para abrirse

paso hácia el Oriente de la fértil y amena Campania. Aun se elevaban en aquel mercado tan célebre otros dias, en aquel *Forum Casimun* tan ponderado el templo y la estatua de Apolo, que en los dias de su gloria elevara el orgullo y supersticion romana, y así fué su primera ocupacion estirpar los restos del paganismo que infestaban aquellos ponderados valles, despues de conseguir tan santo y laudable propósito; con los nuevos discípulos que habia reunido fundó un monasterio sobre aquella eminencia, monumento indestructible de su gloria, y allí fué donde puso en práctica su regla por el ejemplo de sus obras, no menos que por sus consejos y prudencia.

Entramos, pues, por este medio en el exámen de un nuevo y maravilloso establecimiento; hemos llegado al punto de partida de nuestro trabajo, tenemos á la vista un nuevo monumento que contemplar mas hermoso que cuantos restos de la antigüedad llaman la atencion de los viajeros en las grandes ciudades que visitan; hablo de la regla de S. Benito, á quien es la Europa, el mundo entero, la humanidad toda, deudora de hechos y progresos tales, que por mas que la ingratitude quiera y medite y maquine, jamas podrá conseguir destruirlos, oscurecerlos ni menguarlos. Esta legislacion nueva en los anales del mundo, introducida en él por los desvelos de los monjes, de esos monjes que rechaza el siglo y vitupera y escarne-

ce la filosofía, por una de esas cogullas malditas, y que, sin embargo, obró mas largo tiempo y sobre mayor número de individuos que ninguna otra de la antigüedad; esa legislación, decimos, bien merece que fijemos en ella nuestra vista y espaciemos por sus hojas nuestra atención, y así no podemos menos de dar una sucinta idea de ella, como necesaria para nuestros trabajos ulteriores.

Comienza por tratar del instituto monástico en aquella época ¹. “Hay cuatro especies de monjes, dice, los *cenobitas*, que viven en un monasterio con sujeción á un abad y á una regla: los *anacoretas*, que, no impelidos por un fervor de novicios, sino instruidos por una larga experiencia de la vida monástica, aprenden á combatir al enemigo en provecho del mayor número, y bien preparados solo salen de entre las filas de sus hermanos para descender á la liza en singular combate. Es la tercera la de los *sarabaitas*, que no experimentados por ninguna regla, ni por una larga enseñanza,

¹ La regla de S. Benito se compone de setenta y tres capítulos; nueve de ellos sobre los deberes morales y generales; trece sobre los deberes religiosos; veintinueve sobre la disciplina, las culpas, las penas, &c.; diez sobre la administración interior; doce sobre diferentes asuntos, como viajes, hospitalidad, &c.; es decir, que esta regla contiene nueve capítulos de código moral, trece de código religioso, veinte y nueve de código penal, diez de código político.

como el oro en el crisol, sino mas semejantes á la blanda naturaleza del plomo, permanecen en sus obras fieles al siglo, y mienten á Dios con la tonsura. Se les encuentra de dos en dos, de tres en tres, en mayor número, sin pastor, no ocupándose del rebaño del Señor, sino de su interés propio. Fórmase una ley á su capricho, llaman santo á lo que asalta su mente ó brota de sus labios, y no les parece lícito aquello que no les conviene.

“Se compone la cuarta especie de ciertos vagabundos que, durante toda su vida, habitan tres ó cuatro dias en diversos nichos, en diferentes provincias, errantes de un lado á otro sin descansar nunca, no ocupándose mas que de sus placeres y de su glotonería, peores en todo que los mismos sarabaitas. Es mas prudente pasar en silencio su método de vida, que discurrir sobre ella. Emprendemos, pues, con la ayuda de Dios, la tarea de regularizar la valerosísima sociedad de los cenobitas.

“Al instituir una escuela para servicio del Señor, esperamos no haber prescrito cosa alguna difícil ni rigurosa; pero si con el consejo de la equidad se encuentra algo demasiado áspero para corregir los vicios y mantener la caridad, no sirva esto de causa para huir con desaliento de la senda que á la salvación conduce, porque es estrecha al principio, sino que adelantando en la vida re-

gular y en la fé, se dilata el corazon y se sigue con inefable dulzura el rumbo de los divinos mandamientos.”

Sepan los que, confundiendo las épocas, se representan súbito la holgazanería al solo nombre de monjes, que Benito, en una época en que la ociosidad se tenia á honra y por cosa innoble el trabajo, imponia á su república la obligacion de estar ocupados sus miembros. “La ociosidad es enemiga del alma; en su consecuencia, los hermanos deben de ocuparse en trabajos manuales á ciertas horas; á otras en piadosas lecturas. Desde pascuas hasta principios de Octubre, al salir por la mañana de la hora primera (prima), trabajarán hasta la hora cuarta; desde la cuarta hasta la sexta se aplicarán á la lectura; despues de la hora sexta y al levantarse de la mesa, dormirán la siesta en sus camas sin ningun ruido; y si alguno de ellos quiere leer, lo hará de modo que no perturbe á los demas en su reposo. A la hora octava y media recitarán *nona*; luego se trabajará hasta la noche. Si la pobreza del sitio, la necesidad ó la recoleccion de frutos les tienen constantemente ocupados, no abriguen cuidado alguno, pues son verdaderos monjes que viven de sus propias manos, como hicieron los santos Padres y los apóstoles; pero hágase todo con mesura por consideracion á los débiles.

“Desde principios de Octubre hasta la cuaresma

se dedicarán á la lectura hasta la hora segunda, cuando se cante *tercia*; desempeñe despues cada uno la tarea que le esté encomendada. Al primer toque de nona dejen el trabajo y estén prontos para el instante en que suene el segundo; despues de la refeccion lean y reciten los salmos ¹.

“Vigilen dos ó tres ancianos mientras que los hermanos están entregados á la lectura, á fin de que ninguno de ellos se vaya á dormir ó se entretenga hablando, inútil para sí mismo y distrayendo á los demas. Si alguno se encuentra en este caso sea reprendido una y dos veces, y si no se enmienda, sujétese á la correccion de la regla para escarmiento de los demas. Dedíquense todos los domingos á la lectura, escepto los que estén señalados para los diferentes oficios. Impóngase algun trabajo al que, por descuido ó por pereza no quiera meditar, á fin de que no siga siendo inútil; pero tenga el abad miramientos á la debilidad.”

Tal era la distribucion de su tiempo desde la mañana hasta la noche: á fin de cumplir estas obligaciones se dedicaron los monjes á copiar libros, á lo cual se debe la conservacion de los clásicos. Al mismo tiempo desmontaron los terrenos contiguos á sus monasterios, secaron los pantanos, echaron abajo los bosques y propagaron los mejores mé-

¹ En este horario no hay tiempo señalado para oír misa, escepto el domingo.